

Desarrollo social, interculturalidad y paz

Raquel Zelaya Rosales

Catedrática de la Facultad de Economía de la Universidad Rafael Landívar y miembro de su Consejo Directivo, es Gerente del Instituto Femenino de Estudios Superiores (IFES) y Miembro del Consejo de Estado en representación de las organizaciones femeninas. Miembro de la Comisión de Paz en representación del Gobierno de la República de Guatemala, Secretaria de la Paz de la Presidencia de la República y actualmente Directora de la Asociación de Investigación y Estudios Sociales y Miembro del Consejo de Fiduciarios de la Universidad del Istmo (UNIS).

Las sociedades que cuentan con la riqueza de diversas culturas afrontan también retos particulares, para que estas diferencias sean valoradas y vividas desde la perspectiva de la convivencia fraterna, de modo que conduzcan a la práctica intercultural y a la paz social.

En muchos casos lamentablemente, estas diferencias han sido motivo para prácticas personales y comunitarias de marginación y para que surgieran confrontaciones violentas. Éstas, a su vez, han generado situaciones de mayor rezago social y de injusticia.

Para los ciudadanos cristianos, a quienes por definición nos toca vivir y luchar por santificar estas realidades, es imperativo asumir posiciones y propuestas que lleven a abrir las oportunidades de acceso para todas las personas, sin discriminación alguna, a servicios de salud, de educación, de vivienda, etc.; para que todos tengamos además el derecho a la organización y a la participación en la vida pública, y se respete a los hombres y a las mujeres, por su dignidad de seres humanos.

He podido comprobar que contribuir a todo esto, en la vida cotidiana, no es una tarea tan ardua, cuando vemos que se trata de vivir la caridad. Por decirlo con palabras de Josemaría Escrivá de Balaguer, en una entrevista concedida en 1968 a *L'Osservatore della Domenica*: «viviendo la caridad —el Amor— se viven todas las virtudes humanas y sobrenaturales del cristiano, que forman una unidad y que no se puede reducir a enumeraciones exhaustivas. La caridad exige que se

viva la justicia, la solidaridad, la responsabilidad familiar y social, la pobreza, la alegría, la castidad, la amistad [...]»¹.

En Guatemala, país con la mitad de la población de origen maya, que sufre discriminaciones de diversa naturaleza, tener presente este concepto amplio de la caridad, ha ayudado a muchas personas a apoyar iniciativas que hacen posible el acceso de estas personas a la educación, a los servicios de salud y a la participación activa en decisiones importantes para ellos, sus familias y sus comunidades.

Esta perspectiva me ha inspirado al tener que asumir posiciones en la vida pública y privada, particularmente participando en la *Comisión de Paz* del Gobierno de Guatemala, y planteando o apoyando ahí iniciativas para promover la justicia y la solidaridad con mayorías étnicas que sufren grandes rezagos sociales o prácticas muy arraigadas de exclusión y de marginación. Participar en la creación de una *Defensoría de la Mujer Indígena* me permitió comprobar la vigencia del primer punto de *Camino* que empieza diciendo: «Que tu vida no sea una vida estéril. -Sé útil.-Deja poso.-Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor [...]».

Constituyó una experiencia muy positiva el identificar casi 40 candidatas para elegir a la que sería la delegada del Gobierno de Guatemala durante la Cumbre sobre la Mujer, convocada por la Organización de Naciones Unidas para celebrarse en Beijing en 1994.

Esta convocatoria me permitió conocer a las candidatas para esta nueva posición, pude entrevistarlas, y valorarlas por sus antecedentes profesionales y el modo en que sacaban adelante sus familias.

Es así como fue designada una mujer indígena, madre de 4 hijos, católica practicante, con estudios universitarios, y quien tuvo una participación coherente y destacada en dicha Cumbre.

Por supuesto que proyectos de esta índole también pueden suscitarse por motivaciones políticas, o simplemente de solidaridad humana; pero en mi caso, puedo afirmar que he palpado la diferencia fundamental entre una propuesta hecha con una visión meramente humana y otra en la que está presente el ideal cristiano postulado en las enseñanzas del Beato Josemaría. Esta diferencia hace que ese deseo de contribuir a la solución de los problemas que afectan a la sociedad no se limite a las ocasiones de incidir en decisiones de muy alto nivel; sino que se sustente en la convicción que, desde la actuación personal, estamos llamados a luchar por vivir de manera que nuestro ejemplo arrastre.

Por ejemplo, durante negociaciones de paz, en las cuales participan funcionarios de gobiernos, militares y guerrilleros, por su naturaleza implican tensiones y discusiones, que hacen que el ambiente se endurezca. En esta situación,

¹ *Conversaciones*, 62.

el solo hecho de percatarse que alguien, actuando como ordinariamente lo hace un fiel que procura vivir su vida cristiana, asiste a la iglesia y reza el Rosario, hace que los participantes, aún siendo los participantes hombres endurecidos por la violencia, llegan a valorar el trato con Dios. Hay que tomar en cuenta que son personas que vienen de hogares donde se formaron en la fe católica.

He aprendido del Beato Josemaría que la preocupación de fomentar la integración social mira no solamente al aspecto de servicios y bienes materiales, sino que está fundamentada en el sentido de corredención con Cristo, y la convicción profunda de la trascendencia de la persona humana. El afán de acercar a toda persona, independientemente de su sexo, edad o etnia a niveles de vida digna, incluye acercarla espiritualmente a Dios. Por eso, en muchos casos, los que reciben ayuda en el plano material terminan conociendo y amando a Cristo y a su Iglesia. Es impresionante comprobar que personas que han superado situaciones de exclusión, guerra y marginación social y cultural, están abiertas a encontrar en el mensaje del Beato Josemaría la respuesta plena a sus inquietudes humanas y trascendentes.

En el mundo de hoy, en diferentes foros, instituciones e instancias, se ha hecho énfasis particular en los temas de pobreza y de desigualdades materiales. He experimentado la necesidad de contribuir a completar esta visión con una perspectiva espiritual, pues al faltar en estos análisis el sentido trascendente de nuestra condición de hijos de Dios, se es más vulnerable a encontrar fórmulas que no respetan el derecho a la vida.

Esa perspectiva espiritual lleva también a promover aquellas actividades menos vistosas, quizá siempre iguales, en las cuales toda persona humana debe encontrar la ocasión de tender y de caminar por puentes de confianza, de amistad y de convivencia, particularmente necesarios para personas de diferentes etnias, culturas o procedencias geográficas.

El testimonio personal y familiar de vida cristiana promueve actitudes que dan paso a conductas individuales y colectivas diferentes. En Guatemala, que superó un enfrentamiento armado interno de más de 36 años de duración, a través de Acuerdos de Paz negociados durante 10 años, se abrieron posibilidades viables y creativas, para una justa participación en la vida social y ciudadana de la población indígena, que constituye casi la mitad de la población total del país.

En esta línea hay un camino recorrido de más de 4 años, tras el final del enfrentamiento armado. Durante estos años se ha hecho evidente que el abrir esos espacios incipientes de interculturalidad, de convivencia democrática, de paz y reconciliación ha exigido un proceso íntimo, personal, más allá del ámbito del diseño de políticas públicas y consensos sociales. Ese proceso incluyó el asumir como práctica cotidiana el ver almas en las personas, como tantas veces insistiera el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, que tantos ejemplos prácticos nos

dejó. Como es sabido el Beato Josemaría impulsó a llevar el mensaje de la Iglesia a zonas y regiones remotas y olvidadas, con la alegría y la esperanza propia de los hijos de Dios.

En el caso de Guatemala, he podido seguir de cerca diversos proyectos de integración social y cultural que, inspirados en el mensaje del Beato Josemaría, han funcionado incluso durante épocas de enfrentamiento armado interno. Estos proyectos han abierto oportunidades de educación, capacitación, de organización en formas asociativas y cooperativas que han facilitado la comercialización de sus productos y artesanías a hombres y mujeres de las 23 etnias que componen la población indígena del país; con ellos, se ha llevado a cabo al mismo tiempo una gran labor de apostolado. Entre esta iniciativas puedo mencionar el centro Ut'Samaj, ubicado en el área rural del altiplano guatemalteco, y que con mucho éxito adiestra campesinos mayoritariamente indígenas, en técnicas de comercialización y cultivo de sus principales productos, además de darles formación humana. Se está trabajando también para lograr, en esa misma zona, la instalación de un centro similar, denominado I'Xoquí, al cual se espera asistan las mujeres campesinas de comunicades cercanas. Y se ha trabajado también en la creación de centros de estudio de diverso nivel, en áreas urbanas y rurales marginales. En estos lugares, se aplica con plenitud la convicción que en sus escritos transmite el Beato Josemaría: no hay más raza ni condición que la de hijos de Dios².

El trato personal y la lucha diaria por mantener la unidad de vida son los medios idóneos con los que contamos para promover mejores condiciones para la convivencia social y para responder a la llamada universal a la santidad, proclamada por el Fundador del Opus Dei. El Beato Josemaría luchó incansablemente para que se reconociera la universalidad de esa llamada, y fue un gran precursor de postulados que en el mundo de hoy, tanto en la doctrina de la Iglesia Católica como en diversos y relevantes lugares de encuentro de ámbito internacional, son plenamente aceptados.

Llevar esto a la práctica en el día a día, puede resultar arduo, si no tomamos en cuenta que la causa profunda de que el mundo esté fatigado de discordias es el abandono de Dios por parte de los hombres, y que por lo tanto nuestra contribución, si estamos unidos a El, por modesta que sea, tendrá repercusiones directas.

La silenciosa pero activa presencia del espíritu que Dios confió al Beato Josemaría nos permite abrir horizontes para que, más allá de la innegable importancia de conferencias de nivel internacional, de acuerdos entre países o entre sectores nacionales, pueda siempre tenerse presente la obligación de cuidar el

² Cfr. *Surco*, 303.

bien común y de preservar los valores familiares y universales, que devienen de la ley natural. El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer sintetiza la actitud que se espera de una persona de fe cuando, en la homilía titulada “En el Taller de José”, afirma que «el hombre que tiene fe y ejerce una profesión intelectual, técnica o manual, es y se siente unido a los demás, igual a los demás, con los mismos derechos y obligaciones, con el mismo deseo de mejorar, con el mismo afán de enfrentarse con los problemas comunes y de encontrarles solución. Asumiendo todo eso, sabrá hacer de su vida diaria un testimonio de fe, de esperanza y de caridad; testimonio sencillo, normal, sin necesidad de manifestaciones aparatosas, poniendo de relieve —con la coherencia de su vida— la constante presencia de la Iglesia en el mundo, ya que todos los católicos son ellos mismos iglesia, pues son miembros con pleno derecho del único pueblo de Dios»³.

³ *Es Cristo que pasa*, 53.